

L'artista insurgent i les potencialitats de la melancolia militant.

Jordi Font Agulló

Historiador i comissari d'exposicions

El poeta Percy B. Shelley dejó escrito "todo está vendido". Era a principios del siglo XIX, un momento en el que el mundo "atlántico" estaba sufriendo una metamorfosis de gran magnitud. Este universo oceánico se extendía desde la Francia revolucionaria de 1789 a las montañas de los Apalaches, la entonces frontera natural de Estados Unidos recientemente independientes. En medio excelía al Reino Unido –con la excepción de una Irlanda sometida al yugo inglés– como protagonista pionero de un sistema capitalista que no tenía freno. Se había producido un cambio fundamental en 1802 con el desarrollo del "motor de fuego", que era como se llamaba en sus inicios la máquina de vapor. Con los primeros experimentos durante el siglo XVIII se fue efectuando la transición de la madera al carbón como fuente de energía. La minería del carbón, la fundición del hierro, la producción textil por lo general se transformaron como nunca hasta entonces. La fábrica se convertía en el espacio de producción y los canales fluviales y, progresivamente, los ferrocarriles se convertían en los medios de transporte del grano y del carbón. Tal y como señala el historiador Peter Linebaugh¹, se producía la siguiente concatenación: "el carbón conducía a la quema de carbón; la máquina de vapor alimentada con carbón permitía bombear el agua de las minas de carbón inundadas para obtener más carbón; la máquina de vapor alimentada con carbón impulsaba las fuelles que soplaban en las fundiciones en las que fabricaban el hierro para los raíles, que permitían transportar carbón en mayor volumen y con mayor rapidez del pozo en la boca de la mina, la crema de carbón calentaba la máquina de vapor para bombear el agua de los canales por los que se movían las barcazas que transportaban el carbón para su venta. Todo parecía empezar y terminar a través de un gigantesco bucle de realimentación." De hecho, ese optimismo productivista era el origen del efecto invernadero que llega hasta nuestros días. La aceleración irresponsable de la era del antropoceno tomaba velocidad.

De repente, todo el mundo anterior se convirtió en obsoleto. La mecanización conllevó la expropiación de lo común, el cierre de tierras, la urbanización, el desposesión, la migración masiva, la pérdida de normativas tradicionales y de la economía doméstica. En paralelo, surgieron contraculturas de resistencia a fin de reconstituir una vida que se desvanecía agredida por las máquinas y los capitanes de empresa. Revolucionarios irlandeses exiliados, veteranos de las guerras, marineros, criadas y criados, artesanos, también esclavos y esclavas del Caribe, indígenas estadounidenses, obreros y obreras fabriles, campesinos ingleses... abrazaron ideas radicales y democráticas que compartían también, de forma destacada, poetas románticos comprometidos con los ideales emancipadores. Frente a la tanatocracia establecida por el poder dominante, los oprimidos optaron por desplazarse hacia caminos de clandestinidad. El patíbulo formaba parte del mundo cotidiano de esa multitud diversa. Sólo en Inglaterra y Gales se habían condenado a muerte treinta y

¹ Peter Linebaugh, *Roja esfera ardiente. Una historia en la encrucijada de lo común y los cercamientos, del amor y el terror, de la raza y la clase, y de Kate y Ned Despard*, Madrid, Ediciones Akal, 2021.

cinco mil personas entre 1770 y 1830 por delitos relacionados con la propiedad y la destrucción de máquinas. Eran los tiempos de una modernidad capitalista que quería mostrarse como inevitable. Nada menos que el cumplimiento del tráfico, en palabras de economistas clásicos como el escocés Adam Smith, por diferentes estadios: del salvajismo a la civilización comercial, pasando por la barbarie y el feudalismo. Esta seriación borraba el recuerdo de las economías basadas en lo común y debían rehacerse desde el submundo, desde la noche en que los proletarios, tal y como escribió Jacques Rancière², se entregaban en busca de ámbitos de libertad y de creatividad en el tiempo horario que arrebatan a la normalidad cotidiana alienante.

Este "estadialismo", que pretendía encapsular el paso del tiempo, doscientos años después ha entrado en un hibridismo circular. La linealidad ascendente del progreso es evidente que era una fantasía. Más bien lo que ahora se constata es la existencia de mundos paralelos en los que una civilización hipercomercializada arrastra a las sociedades hacia nuevas formas de feudalismo y barbarie. Los libros petrificados de la instalación de Toni Giró crean una inquietud angustiosa. Son como los cadáveres resultantes de la fugacidad cronológica inexorable, como si fueran la evocación de un "ahora" que ya no tiene duración. La absoluta obsolescencia se impone en una época en la que, como hace William Gibson a uno de los personajes –un agente de publicidad– en una de sus novelas, imaginar un futuro completo es imposible. No hay, por tanto, futuro porque el presente es demasiado inestable y, tan sólo, nos resta la administración del riesgo y los cambios de escenario en cada momento. En buena medida, parte de la producción artística contemporánea recoge el legado crítico que se fragua en una postura antagonista que se propone cuestionar la inexorabilidad del tardocapitalismo. Este trabajo de Toni Giró se adscribe a esta práctica que, de igual modo que aquellos demócratas radicales que estaban consternados por los efectos de una mecanización del trabajo y de una monetarización de las relaciones sociales trepidantes, quiere repensar y problematizar las dinámicas que conducen a la imposición del patrón único de la competencia mercantil. Todo es devorado por el Leviatán capitalista en su última versión del discurso managerialista que confunde la creatividad con la desregulación total. La nueva mano invisible de la economía digital y financiera tumba cualquier forma de intento de organización colectiva de la sociedad. Y, al mismo tiempo, cuestiones que habían sido esenciales como, por ejemplo, el pacto keynesiano pasan a engrosar las salas imaginadas de una especie de salón vintage, como si fuera una época convertida en una pieza museizada. Es, sin duda, el nuestro un mundo de apariencias, de más intangibilidades y de seducciones consumistas que en la época de Ned Ludd y los destructores de máquinas que luchaban contra la condena a la obsolescencia de su modo de vida, pero también es un mundo, el actual, que genera tanta o mayor desigualdad, desempleo y pérdida de garantías jurídicas o de servicios públicos por parte de los más débiles.³

² Jacques Rancière, *La nuit des prolétaires. Archives du rêve ouvrier*, París, Fayard, 1981.

³ Luis Enrique Alonso i Carlos J. Fernández Rodríguez, *Poder y sacrificio. Los nuevos discursos de la empresa*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2018.

¿Qué hacer? –esta es la pregunta reiteradamente formulada– ante esta situación de espiral enloquecido en la que, pese a las evidencias, se sigue pensando en muchos círculos dominantes que el progreso es una obra en permanente construcción. Un mito que se fundamenta en la cultura bulímica de la tierra de frontera. Tal y como señala el economista Tim Jackson⁴, la riqueza a la que aspiramos ha sido comprada a un precio que no podemos pagar. Es la perdición. Sin embargo, como bien capta Toni Giró el regreso a una naturaleza primigenia también es una falacia. De alguna manera sus dibujos pretendidamente naturalistas escenifican una tentativa fracasada de la captura de un ideal de armonía que por ahora es inabordable. Mientras unos –los líderes del capital extrativista– en su encuentro anual en Davos se vanagloriaban hace un par de años de las oportunidades que ofrecería el calentamiento climático –apertura de nuevas fronteras árticas por ejemplo–, otros luchaban por sobrevivir en la industriosa ciudad china de Wuhan a causa de un virus aparecido accidentalmente en un mercado de animales, presumiblemente fruto de los desajustes climáticos. Un panorama desconcertante en el que necesitamos dispositivos de pensamiento en la línea de lo que propone Toni Giró. Es decir, una trama crítica que establezca un hilo rojo con aquellos hombres y mujeres contestatarios que, en el cruce de los siglos XVIII y XIX, no querían aceptar el asalto mercantilista a sus vidas. En manos de nuestro artista, tomar esta posición significa cuestionar, con una tipología de exposición ensayística e irónica, la primacía de un sistema que no tiene ningún fundamento sólido ni material ni éticamente.

En un período de cambios, crisis y peligros, en el que el poder hegemónico del capital se sustenta en la rapidez de la velocidad de la luz –la dromología que para Paul Virilio⁵ viene a ser una carrera desbocada en el maremagnum del metraje continuo de la información–, todo se convierte en poco tiempo en obsoleto y, por tanto, en sueños incumplidos a la espera de un rescate. Esto es lo que creía Walter Benjamin cuando afirmaba que en la obsolescencia se podía encontrar la fuerza para la transformación política del presente⁶. En los materiales descartados, las tecnologías abandonadas se evidenciaría el no cumplimiento de la promesa de felicidad de un capitalismo en permanente estado de desasosiego. De esta revelación crítica de relatos ilusorios –pero de resultados devastadores– que no van más allá de la persecución del beneficio económico, probablemente podrían surgir energías preparadas para corregir las dinámicas autodestructivas intrínsecas en la era inaugurada por el “motor de fuego” “. Una alternativa que podría construirse con la creación de espacios de emancipación que posibilitaran dar la vuelta al sentido de la obsolescencia a la que condena la doxa neoliberal. De hecho, el neoliberalismo es un marco ideológico agotado que se resiste a morir pese a los estragos que está causando y que no deja nacer nada nuevo. Toni Giró opta por esta reversión y poza en el “almacén” de la obsolescencia, tantea y ensaya opciones aparentemente pasadas de moda, crea irrupciones surrealistas e irónicas, recupera una cierta forma

⁴ Tim Jackson, *Postcreixement. La vida després del capitalisme*, Barcelona, Arcàdia, 2022.

⁵ Paul Virilio, *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid, Cáedra, 1997,

⁶ Miguel Àngel Hernández, *El arte a contratiempo. Historia, obsolescencia, estéticas migratorias*, Madrid, Ediciones Akal, 2020.

de trabajo casi artesanal que no deja de ser una asincronía en una época hipertecnológica. Todo ello le lleva a la configuración de una línea de resistencia en un contexto en el que las palabras de Percy B. Shelley resuenan con fuerza, porque, al fin y al cabo, todo sigue vendido. En esta instalación artística, Toni Giró trata de encontrar una brecha, una línea de escape al utilitarismo hegemónico y lo hace a través de la consistencia física y el gesto manual que se pueden identificar en estos “objetos trouvés”. En definitiva, una especie de melancolía⁷ militante insurgente entendida como método cuestionador del estado de las cosas que le vincula con aquellos hombres y mujeres que, en su defensa de lo común, querían evitar la evolución hacia las dinámicas negativas que prevalecen en el mundo en el que nos ha tocado vivir a nosotros.

⁷ Enzo Traverso, *Mélancolie de gauche. La force d'une tradition cachée (XIX^e-XXI^e siècle)*, Paris, Éditions la Découverte, 2016.